

DOSSIER BECA ARQUIA 2022
MINISTERIO DE TRANSPORTES, MOVILIDAD Y AGENDA URBANA
JAVIER ÁLVAREZ URRUTIA



En este breve texto se describirán algunas anécdotas y la experiencia en general que me tocó vivir en 2022 en el Ministerio de Transportes, Movilidad y Agenda Urbana. La gente que conocí por el camino, y cómo nueve meses trabajando en la administración me han influido.

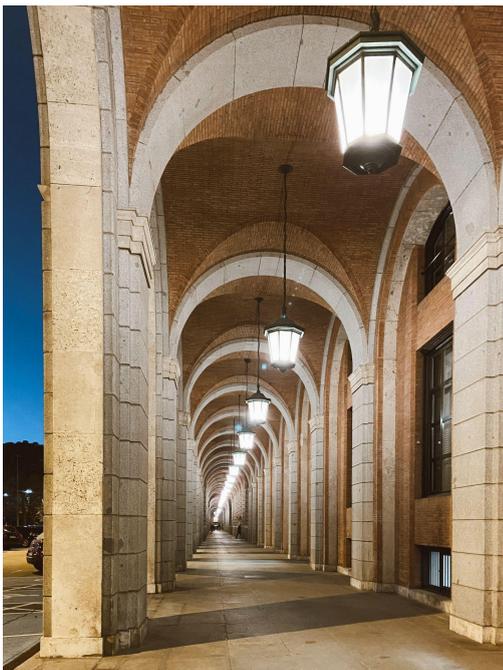
Seis meses antes de descolgar el teléfono donde me comunicaron la oportunidad de optar a la Beca Arquia, apliqué a la misma. La verdad es que el destino en el que acabé ni siquiera estaba entre los diez que elegí (todo estudios y casi todos fuera de España). De hecho, en la primera ronda donde salieron los resultados de los seleccionados no aparecía mi nombre. Fue casi medio año después, cuando estaba ya preparando la matrícula para el máster, cuando me dieron la oportunidad de participar en la Beca. Evidente es ahora la que fuera mi respuesta.



El asunto primero que trataré en este dossier coincidirá con el edificio en el que desarrollarían las prácticas. Un edificio que, por diversas razones, mucha gente conoce, pero muy poca ha llegado a entrar. También era una de las cuestiones que más interés suscitaba en mí antes de empezar. El edificio de los Nuevos Ministerios, de Secundino Zuazo Ugalde (segundo apellido incluido).

Las dimensiones de este edificio, entendibles ya al aparcar en la Castellana y andar casi dos minutos hasta llegar a lo que parecía la puerta, dieron posteriormente mucho juego. El primer día aparqué donde no debía, entré en el ministerio que no era y una vez dentro del que sí era, no dudé en seguir a rajatabla las indicaciones que las chicas de seguridad me dieron. Con estas (las chicas) acabaríamos mis compañeros y yo estableciendo una relación diaria de 8:00 a 8:01 y de 15:00 a 15:01 en la que por pura repetición acabaron casi todas recordando que nuestro despacho era el C-519. Explico que esta relación se debe a que al ser externos, tuvimos que entrar durante toda la duración de las prácticas como visitantes con pegatina y código de barras incluida.

Como iba diciendo, fueron pasando los días, y me fui fijando en que las instrucciones que me fueron dadas para llegar al despacho no eran las únicas. De hecho, seguimos descubriendo nuevas escaleras, ascensores y pasillos para llegar. Todos los caminos llegan a Roma y en este caso a nuestro despacho. Esta variedad de recorridos se fue especializando en función de las horas y el propósito. Individualmente, y en grupo con Pablo y Clara, por pura repetición y azar (aunque quisiéramos darle un sentido funcional y climático) decidimos que esta escalera y este pasillo eran las de bajar a las 11.30 a por el café; este ascensor era el mejor para subir al despacho por la mañana; a esta hora los lunes se sale por esta escalera; y en ocasiones especiales se baja por la rocambolesca y casi oculta escalera junto a seguridad. Llegó a tal punto esta costumbre que se hacía difícil no seguir estas normas no escritas y más aún explicárselas a terceros sin que pensasen que el tedioso trabajo en que verdaderamente consistía la beca nos hubiese hecho mella en la cabeza. Igual algo de eso sí que había.



El horario era flexible hasta cierto punto. Siendo obligatoria la franja de nueve de la mañana a dos de la tarde. La primera semana decidimos entre los becarios ir todos los días de ocho a tres y quedarnos lunes y martes por las tardes para cumplir horarios. Suelto este rollo con el único objetivo de justificar mi obsesión por cumplir un objetivo que tardé casi un mes en completar. La mencionada pegatina de visitantes que nos daban las chicas de seguridad todos los días al entrar, a parte del código de barras, ponía la hora exacta de entrada (horas, minutos y segundos). Mi motivación por trabajar en el Ministerio se trasladó entonces en la motivación por conseguir entrar por la puerta a las 8:00:00. Esta difícil misión era más complicada aún de lo que parece, pues no dependía únicamente de mi capacidad para madrugar. El reloj de las máquinas que generaban las pegatinas no era el mismo que el de mi móvil, y según quien me tocara para gestionar el acceso podía tardar más o menos en meter mis datos en la base. Durante las primeras tres semanas me acerqué bastante hasta que el 26 de abril lo conseguí. Adjunto prueba.



Paso a explicar una costumbre que adquirimos el primer día de trabajo y que perduró hasta el último. Bajar a las once y media como clavos por la escalera grande del centro a la cafetería. Si bien acabamos conociendo los nombres y características a la hora de servirnos de todos los camareros, de nosotros los nuevos se encargaba Jose. El autodenominado “camarero que se ríe del amor” se dedicaba a bromear con todos y de vez en cuando servía de comer y de beber. A su sombra quedaban Rafa, Roberto y el resto, si bien de vez en cuando optábamos por huir de Jose y sus bromas por alguno más eficiente.

Tras repasar y probar la carta de pinchos, sandwiches y bocadillos, fuimos depurando las mejores opciones según la calidad y el precio. Finalmente, la variada y variopinta oferta se redujo a cafés pincho de tortilla o barrita de pan con tomate en mi caso, con algún que otro croissant a la plancha por parte de mis compañeros. Destaco una rareza del menú por si se diera el caso de que algún futuro becario aficionado de la ensaladilla rusa lea estas líneas. Con diferencia, el mejor elemento según cantidad/precio es el extraño sandwich de ensaladilla.



Como se puede apreciar, del trabajo diario en sí explico poco, pues lo interesante desde mi punto de vista son los detalles que ya he tratado y las excursiones más o menos lejanas al despacho que salpicaron nuestros meses como becarios. De éstas la más interesante fue el viaje a Mallorca en el mes de mayo, cuando fuimos invitados al acto de entrega del Premio Nacional de Arquitectura a Carme Pinós Desplat (segundo apellido incluido). Paradójicamente, el acto y el cocktail esa noche no fueron lo más reseñable del viaje, sino lo que ocurrió al día siguiente.

Clara, Pablo y un servidor fuimos invitados a una visita guiada por la catedral a cargo del Colegio de Arquitectos de allí. Ociosos y alguno con una cara resacosa que reflejaba lo bien que se puede pasar de noche en Palma, llegamos a las 11 de la mañana a la puerta de la catedral. Ahí, no insinuaron si queríamos algo así como el “picnic” de después. Por supuesto dijimos que sí. Tras varias horas, ya en la sede del colegio, se nos volvió a preguntar sobre la comida. Que si queríamos carne o pescado. Algo ya nos hacía entender que no iba a ser un bocadillo y un zumo, pero ya era tarde para decir que no. Esta sospecha se confirmó cuando nos llevaron al rooftop de un hotel de cinco estrellas y al llegar nos encontramos en una mesa de doce personas presidida por Carme Pinós y sus mejores amigos, algunos arquitectos que ya conocíamos por la base de datos. Así, de sorpresa, resaca y casi vestidos para ir a la playa se sucedió la comida en la que el susto duró tanto como la primera copa de vino, y un poco más.



Así fueron mis meses en el Ministerio de Transportes, Movilidad y Agenda Urbana. Me sirvieron para ver como es el trabajo en la administración sin tener que hacer una oposición; para conocer a funcionarios que intentan sacudirse el tópico asociado a su rol, así como a otros que lo cumplen en muchos aspectos; para conocer (y casi hacer que se conozcan ellos dos) a Clara y a Pablo, con quienes compartí largas horas de monótono trabajo en las que no sin pocos intentos me hice con el control de Spotify mientras uno reseñaba con mucho ingenio cada situación que nos ocurría o se imaginaba, y una cogía el timón para que Víctor solucionase problemas con la base de datos, mientras elegía “democráticamente” los mejores colores para nuestros excels, eso sí, pasando algo de frío cuando poníamos el aire.

Por último, lo más importante que me llevo de estas prácticas, y creo que se puede deducir leyendo este pequeño texto, es la capacidad que me ha dado el trabajo con datos para aprenderme los segundos apellidos de más de un arquitecto o arquitecta. No es un poder, pero hay que poder.

